

LOS PELIGROS DE LA NACIONALIZACIÓN

Me parece absolutamente necesario reconocer abiertamente y confesar francamente el descrédito en que ha caído el Estado. Creo que ésta es una de las más marcadas tendencias, desde hace unos años, y la guerra mundial, que puso de manifiesto tantas supercherías y trajo a la superficie tantas realidades ocultas, dio a esa tendencia un poderoso impulso. Fue entonces que el mundo comprobó la omnipotencia con que el Estado había investido a sus jefes supremos habilitándolos para mandar millones de gentes a la matanza e iniciar una era de corrupción bajo la forma de grandes contratos comerciales fraudulentos, de ganancias exorbitantes y escamoteos financieros de los más desvergonzados. El mundo tuvo entonces la oportunidad de ver a los grandes y pretendidos gobiernos *civilizados*, falsificando y envileciendo los valores tan atrevidamente como nunca lo hicieran los monarcas absolutos de la Edad Media, hecho que sería suficiente para convencernos de que los gobiernos son precisamente los únicos a quienes no deberían confiárseles la emisión y el control de la circulación monetaria. Se vio a los hombres que encabezaban los organismos oficiales repartirse continentes y anexionarse como colonias las tierras habitadas por pueblos extraños cuyo *crimen* era no estar armados convenientemente contra el invasor. Se les vio arruinar deliberadamente todo lo que la ciencia había hecho para acortar las distancias y acercar a la humanidad en estrecho contacto, nada más porque necesitaban rentas con qué hacer frente a sus propias extravagancias, hallando en las tarifas protectoras el método más cómodo para engrosar sus cajas.

En pocas palabras, que el Estado es militarismo y personifica en sus formas más odiosas el principio de coerción.

He comenzado este breve escrito con estas reflexiones porque ellas me conducen directamente a mi tema, y porque expresan una verdad fundamental que debemos asimilar juiciosamente. Porque si hemos de llegar a ser una fuerza internacional debemos tener a nuestro lado los instintos poderosos de las masas, que están contra el Estado. El mundo está poblado en su mayor parte por agricultores, y el campesino odia siempre al Estado, que para él es un simple recaudador de tributos, en valores para sus gastos y en hombres para sus ejércitos, que les toma a la fuerza una parte de sus productos sin volverle en cambio ningún equivalente. Lo mismo ocurre con la población industrial, que no aprueba de ningún modo las restricciones que el Estado le impone, teme siempre a la autoridad y a todo el mecanismo legal y tiene muy poca fe en los políticos. **Creo verdaderamente que esa desconfianza hacia el político ha llegado ahora a ser casi universal, y ella es una de la más significativas características de los tiempos que corren.** Si queremos tener el apoyo de las masas debemos negar, por sobre todas las cosas, sostén al Estado.

Pasando ahora directamente a mi tema *Los peligros de la Nacionalización*, hago observar que quien favorezca o estimule la nacionalización se coloca por eso mismo entre los que defienden la propiedad y el control o predominio del Estado.

Las objeciones que hacemos a esa apropiación y supremacía del Estado no son simplemente las que ya Herbert Spencer hiciera, o sea que *el gobierno es invariablemente estúpido, lento, derrochador y corrompido*, o que el Estado es un autócrata en constante crecimiento, que bajo

cualquier forma de gobierno sólo puede subsistir reduciendo a sus ciudadanos a la condición de vasallos obligados a obedecer sus órdenes; o porque es a la vez creador y aliado de esos grandes monopolios que tratan también de someter a las masas a la más abyecta esclavitud; o, en fin, porque puebla el mundo entero con espías y confidentes para instituir verdaderos reinos de terror que amordazan la libertad de palabra, reprimen el desarrollo del pensamiento y de la ciencia, y conducen inevitablemente hacia esa dictadura que sofoca a media Europa actualmente. Esas y otras objeciones que sería cansado enunciar son, sin embargo, las razones de menos peso en la acusación, pues el cargo más grave que hacemos a la apropiación y control del Estado es que él nos precipita y sin duda nos tiene en un estado permanente de guerras internacionales. Este es el argumento más serio que se puede alegar contra una medida que goza hoy día de una transitoria popularidad entre aquellos que no ven más allá de sus narices. Así lo creo, y por eso es que he elegido como asunto de este escrito: **Los peligros de la Nacionalización.**

Es una fortuna que las materias primas más indispensables para el sustento de la vida, como son los alimentos corrientes y los metales, estén tan ampliamente distribuidos que ninguna nación tiene el monopolio de ellas, pero en muchas otras cosas, esenciales también para el mantenimiento de la presente civilización, no sucede lo mismo. Así, por ejemplo, se provocaría un clamor universal si el mundo se encontrara súbitamente privado de té y café. No obstante, el hecho real es que el 64% del café del mundo procede de Brasil, que recientemente fracasó en una tentativa por acapararlo; mientras, por otro lado, el 72% del té suministrado, viene de la India y del Ceilán, posesiones británicas.

Además, el 55% de la producción de lana pertenece a Australia y Nueva Zelandia, y no hace mucho que el gobierno australiano, fuertemente influenciado por la filosofía socialista, propuso retener la producción del país esperando así elevar los precios para beneficiar a los suyos.

Del mismo modo el 52% del oro y el 62% de los diamantes proceden del África del sur, y Estados Unidos, por su parte, produce el 52% del algodón y del tabaco cosechado en todo el mundo; mientras que Filipinas produce el 100% del cáñamo, manila. Podría alargar la lista, pero sería inútil.

Desgraciadamente, como todos nosotros sabemos, muchas de esas comodidades están realmente bajo el control de unos cuantos monopolios privados; y el hecho mismo de que una gran parte de la producción del petróleo esté actualmente en poder de tres grupos poderosos y la del tabaco en dos, es una de las menos satisfactorias manifestaciones de nuestro presente desarrollo económico.

Imaginad un momento cuál sería la situación si Gran Bretaña pudiera decir: *Nuestro gobierno es el único dueño de ese grandísimo porcentaje de té, arroz (57% del cosechado en la India), oro, etc., y como el mundo no podrá ir muy lejos sin esas cosas, nos proponemos agarrarlo por el pescuezo y exigirle el precio que a nosotros se nos ocurra fijar.* Suponed que los Estados Unidos toman una determinación idéntica y que otros países hacen lo mismo, ya sea porque por su suelo o por su clima tiene el monopolio de ciertos productos. Que situación más fácil que esta, de provocarse una guerra, es posible concebir, porque no solamente se despertaría una viva agitación contra el país que obligara a los otros a racionarse, sino que, en circunstancias determinadas, hasta sería

necesario obligarlo a soltar la presa. Y entonces los fuegos inextintos del patriotismo se inflamarían y una vez más el mundo se transformaría en un matadero. Después de nuestra experiencia en la *Gran Guerra* ¿podría negar alguien la crueldad de esas pasiones nacionales y la facilidad con que pueden ser excitadas?

En estos momentos Inglaterra y Estados Unidos trabajan de acuerdo, y el enorme volumen de sus intereses mutuos impide una contienda. Sin embargo, no hace muchos meses, casi toda la prensa norteamericana criticaba a Inglaterra en ardientes artículos, denunciándola por haber elevado los precios del caucho por el *Convenio Stevenson* en perjuicio del pueblo de los Estados Unidos, que usa hoy más caucho que todos los demás países reunidos. Si mal no recuerdo, esto provocó una protesta diplomática; pero a Inglaterra no le fue difícil demostrar que el convenio se había hecho no tanto para conseguir la estabilización de un monopolio británico del caucho como para salvar de la ruina a los plantadores de Oriente; y por el momento la tormenta amenazadora pasó. Pero el incidente fue muy significativo y una sombría advertencia señaló la posibilidad de fatales sucesos.

Eso es lo que yo quisiera significar. Cuando Henry George escribió: *Progreso y miseria*, hace medio siglo, era imposible para él prever el sorprendente desarrollo de los últimos cincuenta años, y en su crítica a la nacionalización no podía emplear los argumentos que yo he señalado. No obstante eso, él condenó la nacionalización en los términos más duros, recalcando el poderío de que se investía a la burocracia y las consiguientes tiranías y corrupciones que inevitablemente fomentaba. Y la verdad irrefutable en que las doctrinas de Henry George eran claramente individualistas, ya que se apoyaban en las enseñanzas de Herbert Spencer y otros inflexibles individualistas, y en el principio fundamental de que yo, tu o cualquiera de nosotros necesita para su verdadera existencia los recursos naturales del planeta. La doctrina de George afirma que el inapreciable don de la vida humana puede ser gozado como corresponde cuando tiene asegurado el libre e igual acceso a las oportunidades naturales.

En nuestra propaganda hablamos siempre incesantemente del común derecho a la tierra y yo he observado que al hacerlo así evitamos llamar como merece la atención sobre el hecho de ser ese el más esencial derecho individual; y hemos caído en ese descuido bajo la influencia del movimiento socialista que habitualmente menosprecia la importancia de esos derechos y llega a burlarse de ellos, pues sus principios básicos establecen que los derechos del individuo deben subordinarse siempre a los de las mayorías expresadas por el voto popular. Esa es una posición ideológica que debe ser firmemente rechazada, en los términos más inequívocos y decisivos. Debemos rechazarla, en primer término por ser radicalmente defectuosa y falsear el hecho fundamental de la vida; y en segundo término porque, considerando la cuestión desde el exclusivo punto de vista oportunista de la política, no hay nada que nos permita hacer una concesión o una alianza con el socialismo.

Ya es evidente para todos los estudiosos atentos de los sucesos contemporáneos, que la filosofía socialista de la vida es falsa, ya que sus principios afirman que lo que las mayorías resuelven —o aparentemente resuelven— debe ser aceptado como ley de la vida cotidiana. Pero dado que ella presupone que la voz de la mayoría es la voz de Dios, esa filosofía decreta su ruina, y los

programas políticos fundados en ella han fracasado ruidosamente. Allí donde a líderes omnipotentes, como los ex-socialistas Lenin y Mussolini, aprovechándose de las ventajas del caos en que la sociedad había caído a consecuencia de la guerra, les fue fácil imponer el socialismo en una nación, crearon verdaderas dictaduras. Donde esos líderes o esas circunstancias no se presentaron, los diversos partidos socialistas fueron de todo punto impotentes para alterar el rumbo de la máquina política o para siquiera dejar alguna impresión en la opinión pública. Y es la opinión pública la que debe ser revolucionaria, labor que puede ser llevada a cabo solamente porque despiertan la inteligencia de las masas a alguna verdad a la vez tan simple y vital que alteró completamente los aspectos de la vida humana, liberándola de la eterna esclavitud de las frases estériles y obligándola a hacer frente a las realidades. La publicación de *Progreso y Miseria* produjo ese efecto, pero sólo en una pequeña minoría, porque sus argumentos son muy elaborados y difíciles de ser comprendidos por las masas. Y es precisamente la masa la que debe ser alcanzada. Es hacia ella que tenemos que ir, y sólo podemos hacerlo con provecho poniendo ante sus ojos una verdad tan plenamente vital que ella la acepte instintivamente y no la abandone ya más.

La desgracia de las masas no está en que ella sea incapaz de comprender y apreciar una gran verdad, sino en que es engañada y confundida por la sofistería de abogados, de los políticos, de los sacerdotes y de todo ese ejército de charlatanes que los *Santos Privilegios* tienen a sus órdenes. La ocupación principal de esos sofistas profesionales consiste en tener desorientada a la masa por la niebla y el espejismo de sus mentiras, impedirles subir a la superficie y descubrir así las falsas bases en que el sistema actual descansa. Naturalmente la táctica que persiguen estos defensores de *las cosas tales y como están*, es la que nosotros justamente eludimos, porque precisamente nuestra finalidad está en el extremo opuesto que ellos persiguen. Nuestro objetivo es desengañar a las masas, sacarlas de las nubes la cabeza y mostrarles la realidad.

Séame permitido añadir, en homenaje a la sinceridad, que yo escribo como anarquista y que desde hace muchos años me llamo así porque estoy convencido de que el destino del hombre es la autonomía y el autogobierno personal; que la libertad es su meta inevitable y que el Estado como encarnación de la violencia y de la coerción es su enemigo mortal.

Si creyera, como piensas aún muchos anarquistas, que las enseñanzas de Henry George pueden conducir hacia el nacionalismo y hacia la supremacía completa del Estado, como propietario exclusivo de los medios naturales de vida (la tierra en primer término) no quisiera personalmente colaborar con ellos, como no me complacería estar encadenado a un leproso. Porque esa senda – es mi firme convicción- conduce directamente a la muerte, y yo sé desde hace mucho tiempo que lo que impide a mucha gente seria y reflexiva interesarse por nuestro movimiento es el error de creer que nosotros somos en el fondo *socialistas estatales*, como lo han aseverado muchos anarquistas destacados.

Yo sé que es un error, porque el objetivo esencial de nuestro movimiento es que cada ser humano se dignifique y nadie esté sujeto a la explotación.

Sin embargo, y no hay que olvidarlo, el error está ampliamente extendido, y desde hace muchos años mi preocupación preponderante es contar con él. Deseo para nuestro movimiento la misma atención, y por eso contribuyo con este escrito.

William C. Owen

(Del semanario anarquista argentino ***La Antorcha***, N° 254 del 23 de septiembre de 1927).

(Texto capturado y digitalizado por Omar Cortés para ser incluido en la edición cibernética **La presencia libertaria en la prensa mexicana. El caso del periódico quincenal ¡Avante!**)

Para ser colocado en la **Hemeroteca Virtual Antorcha**